

David Rivera

EL SECRETO DE
RIVER SIDE

PRÓLOGO

Bajó los dos últimos peldaños de la escalera que le situaban en una de las esquinas de la habitación. Aquellos escalones le sumergieron en la más profunda oscuridad. Estaban muy deteriorados, combados por el devenir del tiempo y a cada paso, crujían como si fueran a partirse en mil pedazos.

Sus ojos tardaron algunos segundos en enfocar la escena y mientras apuntaba al fondo del negro más absoluto con la pistola sujeta entre los dedos, pudo sentir cómo sus pupilas se agrandaban buscando un hálito de luz en cualquier parte. El polvo cubría cada rincón de una manera imparcial y caníbal dibujándolo todo de color arena.

El olor era tan denso que se podía cortar. Era tan denso que taponaba su nariz y le impedía respirar con normalidad. Olía a madera podrida, a descomposición y a carne.

Sobre todo a carne.

El hedor era muy fuerte y por un momento pensó que no podría dar ni un paso más. Instintivamente, se tapó la boca con la manga de la camisa cuando le sobrevino la primera arcada, que fue capaz de contener alargando la respiración. Su pulso hirvió alcanzando un latido fuerte y constante, y aunque era una noche de frío intenso, el sudor se apelmazaba en cada pliegue de su piel.

Trató de serenarse echando la vista atrás, buscando el resplandor de la luna que se colaba entre las piedras que taponaban la entrada, como si aquello fuera su última conexión con el mundo real.

Encontrar ese acceso fue simple cuestión de suerte.

Cientos de escombros de la casa derruida se amontonaban sobre la portezuela de madera que, a duras penas, podía soportar aquel peso. Cuando pasó por encima de aquella montaña inerte de roca, un leve crujido y un cambio en la densidad del aire, le hizo suponer que justo debajo podría haber algo. Entonces la suerte, por primera vez, jugó a su favor y el resplandor de un oportuno rayo le mostró el camino.

Excavó lo suficiente retirando piedras y tablas repletas de musgo hasta que dio con la portezuela de madera que cubría la entrada. Levantó la pesada cadena de hierro oxidado que la mantenía pegada al suelo y allí estaban, delante de él, los escalones que ochenta años antes mandaron construir. La entrada directa a un pequeño infierno.

A la vista de cualquier curioso que hubiera rebuscado lo suficiente, aquello no era más que un amasijo de piedra y madera donde el aire seco se tornaba débil y pestilente.

Se maldijo por no haber cogido la linterna del maletero del coche.

Buscó con dificultad un mechero en el bolsillo de su pantalón y consiguió encenderlo al tercer intento. En ese momento y de un ligero vistazo, pudo comprobar por primera vez las dimensiones reales de la estancia. Calculó unos veinte metros cuadrados, no más. El suelo estaba compuesto de largos listones de madera podrida y mechones de paja seca esparcidos al azar. Las paredes, en cambio, parecían sólidas, formadas por grandes rocas calizas de color negro, únicas testigos de todo lo que allí debió haber ocurrido. Varias sábanas polvorientas estaban tiradas por el suelo, unas arrugadas y otras extendidas, llenas de enormes manchas de irreconocibles formas. No había ventana alguna y el ambiente era asfixiante. Costaba un gran esfuerzo mantenerse sereno allí abajo y podía sentirse la presencia del horror entre aquellos muros.

Avanzó un par de pasos muy despacio, mientras la llama del encendedor bailaba caprichosa amenazando con apagarse en cual-

quier momento. Cerró un segundo los ojos y rezó para que aquello no sucediera. Desbloqueó el seguro de la pistola con el dedo pulgar y aquel gesto le hizo ganar algo de confianza. Sabía que no dudaría en vaciar el cargador sobre cualquier cosa que se cruzase en su camino.

Recordó fugazmente todo lo que le había llevado hasta allí y cómo en las últimas semanas la vida fue capaz de darse la vuelta delante de sus propias narices, sintiéndose incapaz de hacer absolutamente nada, salvo seguir descendiendo por la imparable corriente de los acontecimientos.

Durante unos segundos esperó una respuesta de los gruesos muros negros que le rodeaban, pero no ocurrió nada, solo silencio. Un desagradable crujido en el extremo opuesto de la habitación le sobrecogió y todos sus sentidos volvieron, de forma instantánea, al estado de alerta. Era una estancia con forma de ele, de tal manera que había un ala, la más alejada a él, que no era visible desde la posición en la que se encontraba.

—¿Hay alguien ahí? —advirtió encañonando enérgicamente su nueve milímetros hacia el agujero negro que se presentaba frente a él—. ¿Hay alguien ahí? —repitió con más fuerza.

La pistola parecía pesar varias toneladas y constantemente tenía que hacer el gesto de sujetarla, una y otra vez, porque entre sus dedos se empeñaba en volverse peligrosamente resbaladiza.

Avanzó con sigilo hacia los crujidos que ahora percibía con mayor intensidad. Bajo la tenue luz que proyectaba la llama, pudo distinguir a primera vista, una cama maltrecha cubierta de mugre y polvo, colocada al lado de un deshecho escritorio de madera, con algunos cajones y varias estanterías cubiertas por unas roídas cortinas de tela. Sobre la mesa había un abultado hatillo de cuero, una maraña de cuerdas y una esponja sucia que parecía habían utilizado recientemente, porque el charco que se formaba a su alrededor se mantenía claramente húmedo. Cuando la luz del mechero alumbró una pequeña jarra de cristal tumbada sobre los jirones de cuerda, una decena de cucarachas huyeron despavoridas correteando por las comisuras del mueble. Odiaba las cucarachas y no pudo evitar dar un pequeño salto hacia atrás, al escuchar cómo daban cientos de pequeños pasos en direcciones desconocidas.

Se ayudó con el cañón de la pistola para descorrer una de las cortinillas de tela de las estanterías y pudo descubrir que albergaban un buen número de cajas de cintas de vídeo. Las revolvió nervioso un par de veces tratando de encontrar alguna que aún mantuviera la cinta, pero no tuvo suerte, estaban todas vacías y alborotadas entre innumerables etiquetas de papel con caracteres apenas legibles. Parecía que alguien, con mucha prisa, se había encargado de sacarlas de allí.

Deslizó el mechero por encima de la cama y descubrió unas oxidadas cadenas que estaban anilladas al cabecero y terminaban en unas muñequeras de cuero grapadas en los extremos. Se sobrecogió al ver aquello. De nuevo, un olor nauseabundo le taponó las fosas nasales.

Cuando creyó haber examinado toda la estancia, su pie derecho tropezó con algo que le desestabilizó por completo y le hizo desplomarse contra el suelo. Se incorporó con la velocidad que solo el miedo puede provocar. Ahora las partículas de polvo volaban suspendidas en todas direcciones. Trató de encender a toda prisa el mechero y esta vez, la llama no apareció. Un par de intentos más, pero no fue capaz.

— ¡Joder! —exclamó.

Lo arrojó al suelo furioso, sujetando la pistola con ambas manos, bufó y removiό la cabeza para darse cuenta que se encontraba en una situación real. En ese momento, pudo comprobar que lo que le había hecho caer era el trípode de una cámara de vídeo anclado al suelo. Después del golpe, la cámara aún se mantenía estable y advirtió que estaba encendida. La pantalla led, que servía de visor, estaba desplegada y emitía un ligero resplandor verde. Se colocó detrás sin dejar de apuntar al frente y comprobó que el modo de visión nocturna de la cámara estaba activado. La imagen que veía era en tonos negros y verdes y ofrecía la suficiente definición como para poder comprobar que el objetivo de la cámara apuntaba directamente hacia algo.

Se inclinó sobre el visor y pudo ver una pequeña puerta oculta en la pared que se encontraba frente a él, de apenas un metro y medio de altura. Era de madera gruesa y desconchada, rematada con varillas de acero oxidado que la cruzaban de un lado a otro. A la

altura del objetivo, había una pequeña trampilla que parecía poder correrse para grabar lo que sucedía al otro lado de la puerta.

Clavó su mirada en la pared por encima del visor, pero no consiguió distinguir nada dentro de una oscuridad tan abrumadora. Tanteó a ciegas con las manos y caminó inseguro hacia la puerta hasta que consiguió acariciarla con la yema de los dedos. En cuanto sintió el tacto de la madera seca sobre su piel, un escalofrío recorrió su nuca. Retiró la mano súbitamente y volvió a sujetar la pistola.

A los pocos segundos, sus ojos se habituaron de nuevo a la espesa noche y una ligera banda de luz apareció suspendida a ras del suelo por debajo de la puerta. Pudo ver cómo una inquietante sombra se movía nerviosa al otro lado. ¡Allí había alguien!

Por primera vez pensó que la mejor opción era largarse, olvidarse de todo aquello y tratar de seguir adelante, pero había llegado demasiado lejos. Apretó la mandíbula y con los pies firmemente clavados al suelo trató de parecer sereno.

—¿Quién eres? ¡Puedo verte! —bramó.

Sus pulsaciones se dispararon.

Una parte dentro de él quería huir, correr tan rápido como le permitieran las piernas; otra en cambio, estaba deseando terminar con aquella pesadilla. Una cosa era evidente, detrás de esa puerta había algo y se estaba moviendo.

Se acercó lentamente. A esa distancia, un metro escaso, podía distinguir la hoja de madera con claridad. Se armó de valor y sin pensarlo un segundo, retrocedió en la oscuridad un par de pasos.

Pensó en su futuro, en la innegable realidad de ser quien era y en los dolorosos errores cometidos en el pasado. Ahora era el momento de actuar. De avanzar o de huir. De vivir o de morir.

Quizá todas las soluciones estuvieran allí, detrás de aquella puerta de madera.

Un aluvión de pensamientos le fulminó la mente confundién-dole.

Acción, opción.

Amenazándole.

Decisión, rendición.

Juzgándole.

Culminación, elección.

Y entonces dejó de pensar.

Levantó la pierna derecha, cargando todo el peso de su cuerpo sobre la pierna contraria, e impulsó el talón con todas sus fuerzas asestando una patada seca justo encima de las barras oxidadas y carcomidas por el paso del tiempo. La puerta se abrió quebrándose con un fuerte crujido y traspasó el umbral aullando como un lobo furioso.

—Le estaba esperando —rugió con calma una sombra negra desde el interior.

La pistola cayó al suelo como si sucediera a cámara lenta y luego le sobrevino un inmenso dolor.

Acababa de descubrir la habitación secreta.